

6050

13

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y TEATRO CÓMICO

JÚNTATE CON BUENOS...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

DON TIRSO MORALES

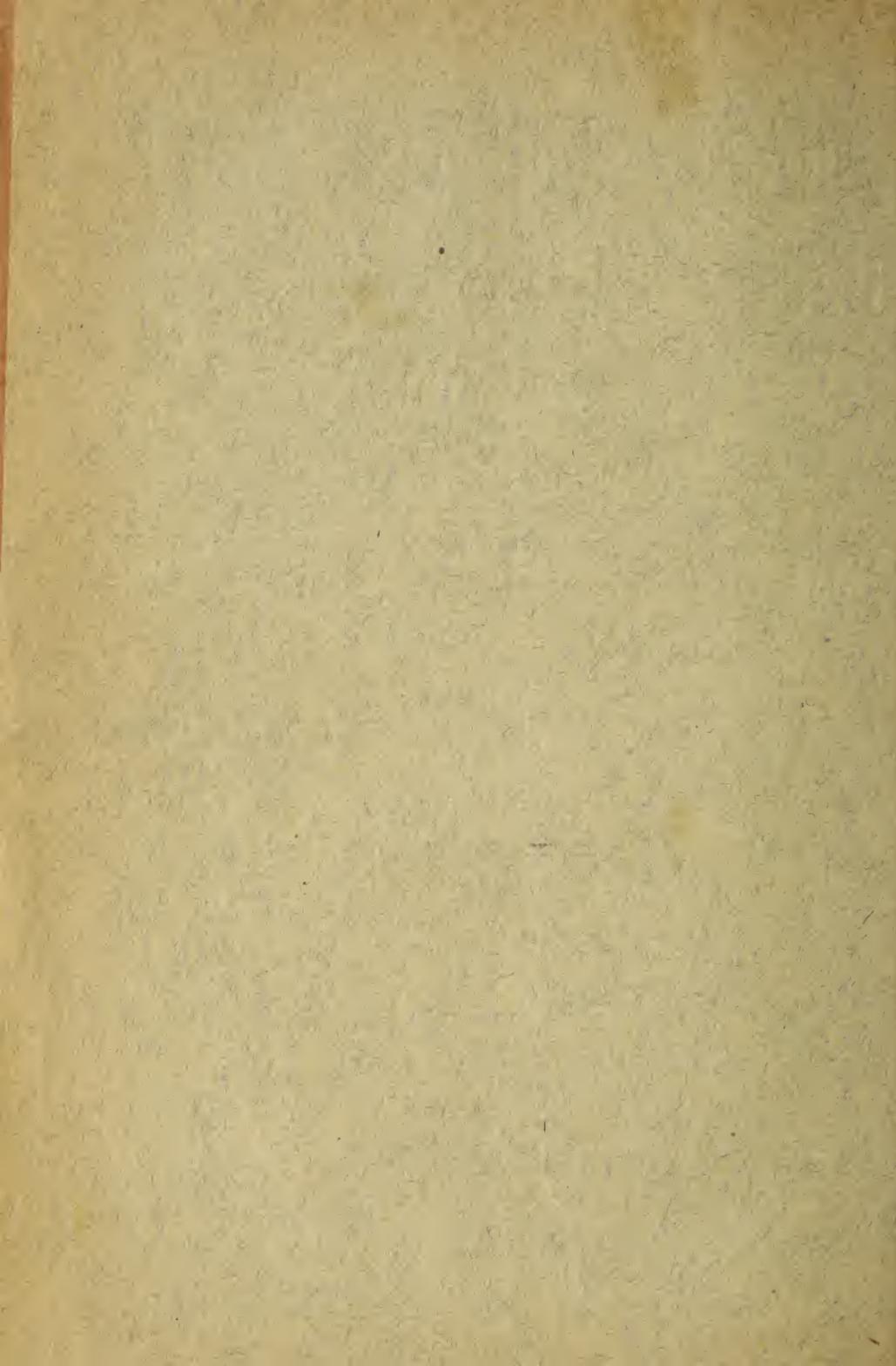
Estrenado con *extraordinario éxito* en el TEATRO MARTIN
la noche del 3 de Marzo de 1893.

COMPANIA
* COMICO-DRAMATICA *
EMPRESA
JOSE SOTO

MADRID
ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES

Calle de la Greda, núm. 15.

18
1893



JÚNTATE CON BUENOS...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

DON TIRSO MORALES

Estrenado con *extraordinario éxito* en el TEATRO MARTIN
la noche del 3 de Marzo de 1893.

COMPANIA
COMICO-DRAMATICA
*
EMPRESA
JOSE SOTO

MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE J. DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, núm. 6

1893

Esta obra es propiedad de D. José Conde, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

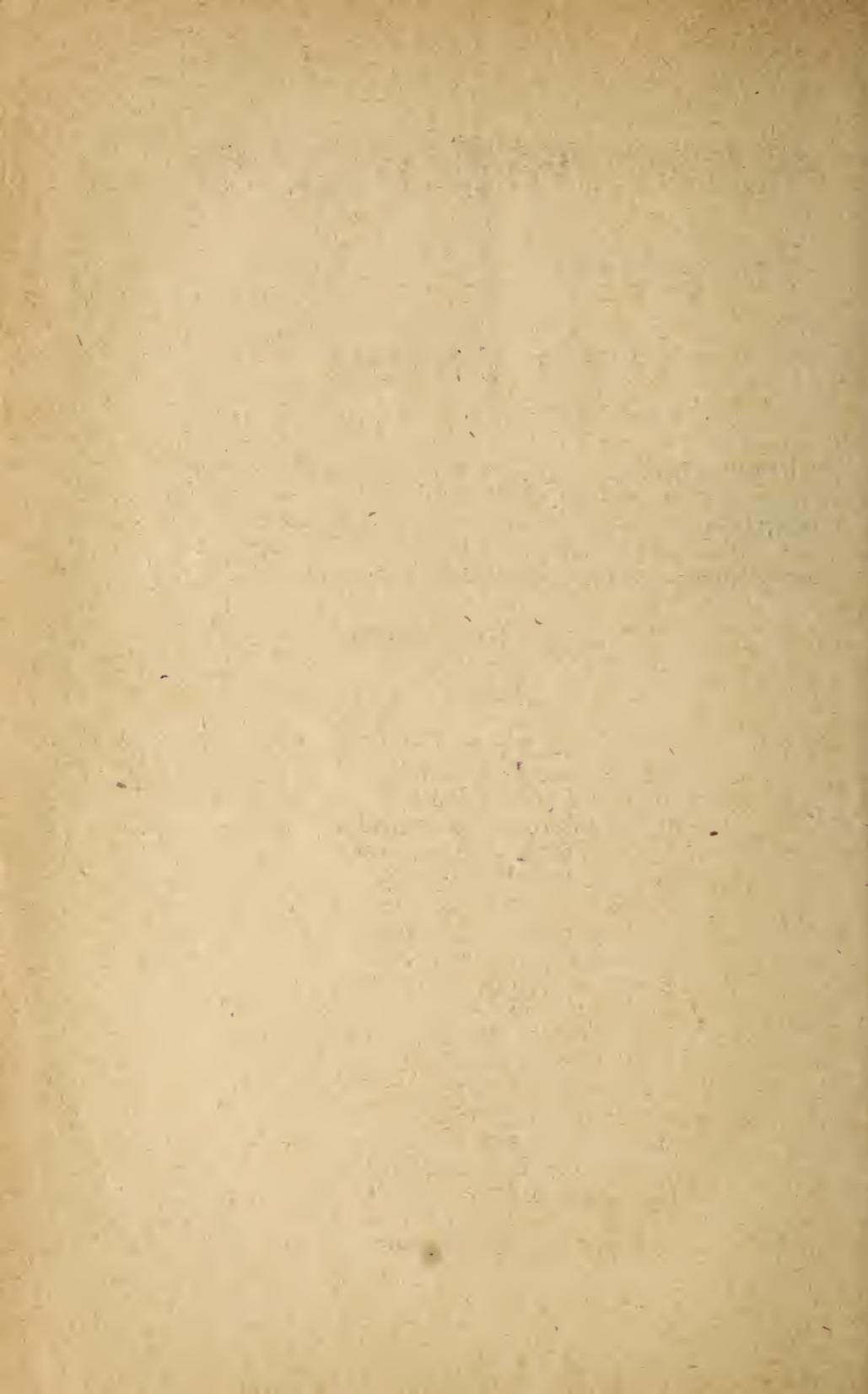
Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática y Teatro Cómico de los Sres. ARREGUI y ARUEJ, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

PERSO NAJES**ACTORES**

MARIA	SRA. FERNÁNDEZ.
ARMANDO	SR. GOMEZ.
DON JOSE.....	» RODRÍGUFZ (H.)
FELIX (niño de 8 á 10 años)..	SRTA. BAJATIER A.
BARTASAR.....	SR. GARZA.
UN DELEGADO	» SOLANS.
GUARDIA 1.º.....	» ALONSO.
GUARDIA 2.º.....	» NIEVA.

Madrid, época actual. — Derecha é izquierda del actor.





ACTO ÚNICO



Sala modesta.—Puertas laterales y una al foro, cerrada á la vista con cerrojo. A la izquierda una cómoda y varias sillas. Veladorcito en primer término izquierda.—Al levantarse el telón, aparece María sentada, sacando ropas de vestir de la cómoda y las irá doblando y colocando en un pañuelo que, para el efecto, tendrá sobre la silla.

ESCENA PRIMERA

MARÍA

Así lo haré, y cuando vuelva
ese malvado de Armando,
se hallará sólo la jaula
que el pájaro había ocupado.
¿Qué me resta ya que hacer,
después de todo probado
con halagos, con caricias,
con mis quejas y mi llanto?
Nada por hoy. ¡Ay de mí!
A todo, á todo he apelado.
Así es que, mi decisión,
está resuelta; me marcho.
Nadie podrá maldecirme;
nadie dirá que mal hago,
y si lo dicen, ya ven
el aspecto de este cuadro,
y que yo no lo he comido:
¡es él, que se lo ha jugado!
Porque lo que me quedaba
de plata, dos candelabros,

que guardaba por recuerdo
del día que nos casamos,
hace un rato que mandó
por ellos, y los he dado.
Los perderá, y de seguro,
loco ya por tal fracaso,
mandará por otra cosa...
y ya no quedan ni clavos.

(Recoge todas las ropas que ha ido sacando de la cómoda, y después de liarlas en el pañuelo y atarlas con el mismo, llaman á la puerta.)

Han llamado, creo que sí.

(Se levanta, diciendo con marcada alegría.)

Puede ser que sea Armando. *(Abre la puerta.)*

ESCENA II

DICHA y DON JOSÉ

JOSÉ. Buenos días.
MARÍA. Don José,
¿tanto bueno por aquí?
JOSÉ. ¿Y de salud?
MARÍA. Así, así.
Hace unos días...
JOSÉ. Ya sé...
ya me presumo...
MARÍA. En su casa
tampoco habrá novedad.
JOSÉ. Todos, con felicidad,
gozan de salud sin tasa.
MARÍA. Me alegro mucho.
JOSÉ. Y Armando,
¿dónde se encuentra, María?
MARÍA. Pues él pensé que sería,
porque lo estaba esperando.
JOSÉ. Habrá ido, á no dudar,
á sus negocios...
MARÍA. No sé;
hace un rato que se fué,
pero no debe tardar.

- JOSÉ. ¿Y lo espera?
 MARÍA. Sí, señor.
 Pero tome usted asiento;
 tardará quizá un momento.
- JOSÉ. Mil gracias por el favor. (*Se sienta.*)
 MARÍA. (¡Dios mío!)
 JOSÉ. (¡Pobre María!)
 MARÍA. (¿Para qué lo esperará?)
 JOSÉ. Y el pequeño, ¿dónde está?
 ¿Lo manda á la escuela Pía?
 MARÍA. Sí, señor; y aún no ha venido;
 pero adelanta en exceso.
- JOSÉ. ¿Sigue siendo tan travieso?
 MARÍA. Muy poco se ha corregido,
 ó nada, si se va á ver.
- JOSÉ. Pues hay que mirar el modo
 de corregirlo del todo,
 que si no... (¡pobre mujer!)
 MARÍA. Yo de fijo no le paso
 un hecho que mal me cuadre.
- JOSÉ. ¿Y le regaña su padre?
 MARÍA. Armando no le hace caso;
 le deja que á su albedrío
 haga una y cien travesuras,
 y aun le dice con cordura:
 «has hecho bien, hijo mío».
- JOSÉ. No me extraña; con razón
 ya hace tiempo que miraba
 la vida que él observaba
 de vicio y de corrupción.
 Por eso ya no me extraño
 que él aplauda esos resabios,
 porque, al fin, él causa agravios
 de más cuantía y más daño.
 Si usted supiera...
- MARÍA. Ya sé,
 JOSÉ. y por eso me conduelo
 de una mártir sin consuelo
 y de un malvado sin fe;
 pero usted persista así,
 que Dios ya será indulgente:
 ahora la pondré al corriente

sin culpa por el delirio,
y, en señal de más martirio,
su esposo la ha abandonado
y llora desesperada
clamando á Dios en su ayuda;
lo ve la mujer impura
y suelta la carcajada,
confundiéndose inconsciente
á la vista de cualquiera,
la mujer aventurera,
con la mujer inocente;
y sólo el que la conoce
con lo que puede le ayuda,
con lo cual ella procura
comer con lo que recoge.
Y aguarda el lecho nupcial
á los dos en su delirio:
al marido, en el presidio;
á ella... en el hospital;
y quedan abandonados
los hijos, sin más abrigo
que al favor de algún amigo
ó por la calle arrojados.
Esto la ley lo consiente;
en paz lo deja y ocioso;
da libertad al vicioso
persiguiendo al inocente,
sin reparar en favor
de las miras de un cualquiera;
ya no ve el fin que le espera
al hombre que es jugador.

MARÍA.

Qué importa; la plebe humana
con eso nada ha perdido.
¡En cambio, yo no he comido
desde ayer por la mañana!

¡Es posible!

JOSÉ.

MARÍA.

¡Sí, señor!

JOSÉ.

¿Y Félix?

MARÍA.

Corre igual suerte.

JOSÉ.

¡Dios poderoso! ¡Dios fuerte!

¡Cállese usted, por favor!

MARÍA.

Compadézcase de mí;



mas de nuestro hijo primero,
que, aunque es travieso, lo quiero
con ardiente frenesí.
 JOSÉ. Cállese, pobre mujer,
enjugue su triste llanto
y ya matará el quebranto
el halagüeño placer.
Lo que es pan no ha de faltar,
que yo de sobra lo tengo:
esperar, y pronto vengo.
 MARÍA. Armando acaba de entrar.

ESCENA III

DICHOS y ARMANDO

que entra por la puerta del foro en actitud azarosa.

ARMANDO. No se sorprenda, señora.
¿Acabó ya con su cuento? (*A Don José.*)
Salga usted de aquí al momento
y vaya usted en buena hora.
 JOSÉ. ¿Sin tregua á una explicación?
 ARMANDO. Para mí sería odiosa,
y si espera usted otra cosa,
va á salir por el balcón.
 JOSÉ. ¡Caballero!
 ARMANDO. Basta ya;
estoy en mi casa, y mando,
y aquí lo que dice Armando
siempre se ha hecho, y se hará.
 MARÍA. No haga caso. Estará loco. (*A José.*)
 ARMANDO. María, por belcebú,
cállate; no pagues tú
mis cóleras.
 MARÍA. (¡Qué sofoco!)
Y usted ya sabe, señor;
no se quede usted mirando,
porque se está usted largando
cuanto más antes mejor.

JOSÉ. ¡Miserable!

ARMANDO. En la batalla
es donde el honor se ciñe.

JOSÉ. Ningún hombre honrado riñe...
y menos con un canalla.

ARMANDO. Ese insulto... (*Amenazando.*)

JOSÉ. Es demasiado
favor que hago al hablar
con quien debe de bajar
la frente por deshonrado.
Y si usted es un suicida
en sus deberes prolijos,
yo, en cambio, tengo á mis hijos
en mucho más que á mi vida.
Y en ese mismo temor
huelga ese santo precepto,
y si la riña no acepto
no es por falta de valor. (*Vase foro.*)

ESCENA IV

MARIA y ARMANDO

ARMANDO. Has visto, ya se marchó.
Esta polilla insensata
se la limpia y se la mata
del modo que lo hago yo.
Porque es el monstruo social
que lo blanco pinta tinto,
es el ripio por instinto
ingertado con el mal.

MARÍA. Y tú el cartel afrentoso
que no respeta la homilia,
el cáncer de una familia
que sucumbe ante un vicioso.
Luego, si el delito eximen,
¿cual merece más perdón?
¿El que acusa con razón,
ó el malhechor que hace el crimen?

ARMANDO. ¡María...!

MARÍA. No puedo más;
ya esto es sufrir demasiado.

ARMANDO.

¿Tú también te has enfadado?
Pues ya te contentarás.

MARÍA.

Infame, traidor, infiel;
¡mal padre!

ARMANDO.

¡Calla, insensata!

MARÍA.

(Si de este modo me trata,
qué puedo esperar de él.)

ARMANDO.

¿Aún no has concluído, dí?

MARÍA.

Nó; y no he de vivir contigo;
hoy voy al Juez, y le digo
que me separe de tí.

ARMANDO.

¿Y piensas abandonarme?

MARÍA.

No lo niego; sí, á fe mía:
mi ropa ya la tenía
dispuesta para marcharme.

ARMANDO.

¿Pero lo dices de veras?

MARÍA.

¿Acaso, anegada en llanto,
he de sufrir tanto y tanto
cual sufro porque tú quieras
esa vida de quebranto?

¿Y en continuo padecer,
te parece regular

el que esta pobre mujer
no tenga pan que comer
que la pueda consolar?

¿Pues ya qué esperas que haga?

¿Tú no ves en derredor
que nos asedia el dolor
y la miseria nos traga?

¿Quieres que venda mi honor?

¿Quieres que cual vil ramera
me ponga en pública venta?

¿Quieres esa horrible afrenta?

No querrás. Pues considera
la solución que la espera
á esta infelice mujer
sino de tu lado huir,
y trabajar ó servir
y ganar para comer,
si no se quiere morir.

ARMANDO.

María, ten compasión,
no me hables de ese modo,

que ya comprendo que en todo
tienes bastante razón.

Pero yo me enmendaré;
ya obraré cual te mereces

y te pagaré con creces
los daños que te causé.

Desde mañana, de fijo
otra senda seguiré

y el sustento ganaré
para tí y para mi hijo.

Sí, María, ya verás,
ya verás cómo tu Armando,
á tu lado y trabajando,
la dicha recobrarás.

Y en cambio de eso, bien poco
exijo que tú me abones;
un abrazo y que perdones
á este infortunado loco. *(Se abrazan.)*

MARÍA.

Gracias á Dios que en ajenos
pensamientos has caído.

ARMANDO.

Hombre malo arrepentido
es mejor que algunos buenos.

MARÍA.

Tienes razón, es verdad.
Dios te acogerá en su seno
arrancándote del cieno
que inunda la sociedad.

Y al mirarte en el anhelo
de tu trabajo, verás
cuán pronto recibirás
su bendición desde el cielo.

ARMANDO.

¡Qué alegría!

MARÍA.

¡Qué placer!

ARMANDO.

¡Cuánta dicha!

MARÍA.

¡Celestial!

ARMANDO.

¡Oh, mujer angelical,
¡qué feliz vuelves á ser!

MARÍA.

Lo seré, si lo ofrecido
es que lo dices de veras.

ARMANDO.

¿Acaso me consideras
un avezado bandido?
¿Para tí tan poco valgo?
¿O me juzgas por la hez?

COMPANIA
COMICO-DRAMATICA
*
EMPRESA
JOSE SOTO

¿Te he engañado alguna vez
cuando te he ofrecido algo?

MARÍA.

No, pero...

ARMANDO.

No hallas ternuras
en mí, María. No me extraño
que así te llames á engaño
si piensas en mis locuras.
Pero los dos nos amamos,
y seguiré obrando cuerdo.
Sí, María.

MARÍA.

¿Y el recuerdo
del día en que nos casamos?
¿Qué has hecho de él?

ARMANDO.

Por jugar
á empeño lo reducí.

MARÍA.

¿Y el dinero?

ARMANDO.

Lo perdí.
Para qué te he de engañar.

MARÍA.

¡Mis candelabros de plata,
perdidos!

ARMANDO.

Consuélate;
pronto los rescataré.

MARÍA.

¡Qué suerte tan insensata!

ARMANDO.

No te aflijas. *(Con cariño.)*

MARÍA.

¿Qué he de hacer
sino sufrir y llorar?
¿Quién me va á mí á consolar?
¿Qué vamos hoy á comer?
¿Ni qué alma habrá sincera
que á mi dolor ponga tasa?
¿Quién va á venir á esta casa?
Dios mío, si la primera
que acudió en mi salvación
ya se negará por tí,
que lo has echado de aquí
como si fuera un ladrón.
Pero quién se desespera;
¡valor, sí! Pediré en pos
una limosna por Dios.

ARMANDO.

Espera, María, espera.

MARÍA.

¿Qué fines puede esperar
la flor que á su tallo erguida

ve evaporarse su vida
 á la luz crepuscular?
 Entregarse al desconuelo
 como angel con alas rotas,
 para morir con las otras
 que han rodado por el suelo,
 y al primer soplo de viento
 que saluda á la alborada
 la pobre flor deshojada
 muere sobre el pavimento.

ARMANDO.

No, María, no. ¡Bien mío!
 Tú no es posible que mueras.
 ¿Acaso tú, consideras
 que ese Dios es tan impío?
 Y por consolarte insisto
 en que no debes llorar,
 que aún nos queda que empeñar
 estos guiñapos que visto.
 Conque calma tu dolor
 y en ser dichosa persiste.

MARÍA.

¡Aparta!

ARMANDO.

¡Mujer, desiste!

ARMANDO.

¡María, espera!

¡Qué horror!

(Vase puerta lateral derecha. Armando se queda un tanto preocupado y pensativo. Gran pausa.)

ESCENA V

ARMANDO

ARMANDO.

Pobre María; el llorar
 es solo de verme así.
 Maldito vicio, ¡ay de mí!
 ¡que no puedo dominar!
 ¡Qué situación! ¡Qué inclemencia
 atrae el vicio consigo!
 ¿Será de Dios el castigo?
 ¿Es esto vicio ó demencia? *(Pausa.)*
 Pero Dios no es vengativo;
 muy al contrario, nos ama. *(Pausa.)*

La justicia me reclama (*Fuera de sí.*)
 para imponerme el castigo.
 Vicio, vicio corrompido
 que matas el pundonor:
 honra, intereses, honor,
 todo ante tí ha sucumbido.
 ¡Todo, hasta lo infinito!
 ¡La calma de mi mujer!
 Daos prisa, y á prender (*Con decisión.*)
 á este vicioso maldito.
 (*Se oyen golpes en la puerta.*)
 Lllaman... ¡vendrán por mí!
 ¿Por qué lates, corazón!
 (*Dice dentro una voz.*)
 Date prisa.

VOZ.

ARMANDO.

¡Maldición!
 Ahora me prenden aquí.

(*Abre la puerta del foro, apareciendo Félix, en traje muy deteriorado, roto el pantalón por detrás, y con una cartera de colegio en la mano, donde se supone lleva libros.*)

ESCENA VI

ARMANDO y FÉLIX

(*Al entrar se presentará vergonzoso ante su padre, y al hablarle le dará con la cartera distraidamente en las piernas hasta que lo indique el diálogo.*)

FÉLIX.

Hola, papá, buenos días.
 ¡Al fin has venido ya,
 dí, bribón!

ARMANDO.

¿Pues no me ves?

FÉLIX.

Sí que te veo, de más. (*Pausa.*)
 ¿Dónde has estado?

ARMANDO.

De caza.

FÉLIX.

¿Y qué has hecho?

ARMANDO.

Pues cazar.

FÉLIX.

¿Sí, cazar; si tú supieras
 lo que ha llorado mamá?
 Toda la noche de Dios

llora que te llorarás.
 Pobrecita; y yo lo mismo;
 ¿te has enterado, papá?

ARMANDO.

Sí, hombre, sí; ven aquí
 y todo puedes contar.

(Armando se sienta, sentando á Félix en sus rodillas.)

FÉLIX.

¿Y qué quieres que te cuente?

ARMANDO.

Lo que sepas, y además
 también quiero que me digas
 si estudias mucho.

FÉLIX

Jamás

me hiciste tales preguntas,
 y para mí es novedad
 el que te ocupes ahora
 de lo que pueda estudiar.

ARMANDO.

Porque hasta aquí fuiste un niño
 y no te quise obligar
 al estudio en tan temprana
 como difícil edad.

Pero de aquí en adelante
 distinta cosa será.

FÉLIX.

Pues oye: soy del colegio
 de los que adelantan más.

¡Y me quiere el profesor!

¡Cuánto me quiere, papá!

Ayer... mira... nos pusimos
 unos cuantos á jugar,
 en un patio que hay muy grande
 en el colegio, al entrar,
 y al vernos el profesor,
 en lugar de regañar

como cuando juegan otros,

me dijo á mí: «ven acá,

»buena pieza. ¿Quién te enseña

»tan bien el paso á marcar?

»Anda, hombre, vuélvelo á hacer;

»hazlos á esos formar.»

Y después de repetir,

y al patio otra vuelta dar,

volvió á llamarme á su lado

y nos dió de merendar

á todos; pero á mí doble

y un catecismo además,
concluyendo por decirme
que si me llego á enmendar
y no soy tan revoltoso,
me va á querer mucho más.
¿Y á qué jugásteis?

ARMANDO.
FÉLIX.

A un juego

que no te va á disgustar.

ARMANDO.
FÉLIX.

¿Y qué juego es ese?

Escucha, mira y verás:

(Se baja de las rodillas de Armando.)

á los soldados en filas
como cuando á misa van.
¡Es más bonito!... ¡Si vieras
cuando acabo de formar
y me pongo á la cabeza
haciendo de capitán,
al mando de tanto chico
con un corneta además!
Vamos, de todos los juegos
es el que me gusta más,
porque yo soy el que mando
y que hace de capitán.

ARMANDO.

Bien, hombre, bien; está bien;
no me parece muy mal.

FÉLIX.

Pues, ¿y cuando doy la orden
á todos para marchar?

Entonces sí que estoy bien
haciendo de capitán
al frente de mis soldados,
como si fuera verdad.

ARMANDO.

¿Y qué les dices?

FÉLIX.

Primero

mando al corneta tocar
para que todos se pongan
en esta conformidad. *(Cuadrándose.)*

ARMANDO.

¿Y después?

FÉLIX.

Recorro filas.

ARMANDO.

¿Y luego?

FÉLIX.

Doy la señal
de atención, para que en guardia
estén prevenidos ya

á cuando el corneta haga taratati... tarará. (*Accionando.*)
 ¿Y echáis á andar en seguida?
 Estaría bueno; ¡quía!
 Después me pongo yo al frente de ellos para mandar.

¡Media vuelta á la derecha!
 ¡Soldados! ¡De frente!... ¡Mar!...
 Y apenas he terminado, con precisión y compás, marchamos todos de frente cantando el racataplán.

¿Y gastadores, no tienes?
 No hacen falta. Pues si están mis soldados más corrientes en instrucción y demás que los soldados de veras.

¿Y quién os llegó á enseñar?
 Toma, pues yo; ¿quién querías?
 Para eso soy capitán.

¿Y tú, dónde lo aprendiste?
 Bien fácil es de explicar: en la Puerta de Toledo. Allí los soldados van á hacer la instrucción, y yo, como de particular no tiene nada aprender lo que á otro enseñando están, me gustaba, y aprendí á ser mandado, y mandar.

¿Y tú tan sólo con eso enseñaste á los demás?
 Pues es claro. ¡Quién lo duda!
 Primero enseñé á marcar los pasos de reglamento, doble derecha y demás. Luego después la ordenanza que exigen al militar; después, toques de corneta, saludos, y cada cual sabemos que desde el cabo al Capitán general,

ARMANDO.

FÉLIX.

ARMANDO.

FÉLIX.

ARMANDO.

FÉLIX.

ARMANDO.

FÉLIX.

ARMANDO.

FÉLIX.

COMPANY
 * CONICO-PRAYATICO
 EMPRESA
 JOSE SOTC

- debe todo buen soldado
respetar y saludar.
- ARMANDO. Bravo, hombre. bravo; me gusta;
serás un buen militar.
- FÉLIX. Eso dice el profesor;
que tengo el aire marcial,
porque marco bien el paso.
(Espontáneamente dará una vuelta al escenario marcando los pasos de «un,» «dos,» «tres,» etc. etc.
- ARMANDO. ¿Qué te parece, papá?
Que desde hoy, hijo mío,
serás mi felicidad. *(Besándole.)*
- FÉLIX. ¡Pues hoy yo no soy feliz!
- ARMANDO. ¿Por qué?
- FÉLIX. Si te parece, por *ná*.
Me quieren quitar el mando.
- ARMANDO. ¿Quién te lo quiere quitar?
- FÉLIX. Unos chicos del colegio,
porque dicen que ellos van
mejor vestidos que yo
para hacer de capitán.
Y tienen razón los chicos,
si á mirarlo bien se va.
Tengo los zapatos rotos
y el pantalón además...
(Lo que enseña la inocencia.)
- ARMANDO. ¿Conque me vas á comprar
traje nuevo?
- ARMANDO. Sí, hijo mío.
- FÉLIX. ¡Cuánto te quiero, papá; *(Abrazándole.)*
por más de que no eres bueno,
según me ha dicho mamá!
- ARMANDO. ¿Y por qué no soy yo bueno?
- FÉLIX. Porque te vas á jugar
á unas casas el dinero
en vez de irte á ganar
una peseta en tu oficio,
que era lo más regular.
Ayer, si no hubiera sido
porque me dió de almorzar
un chico de mi colegio
que llevaba queso y pan,

y el profesor por la tarde
que nos dió de merendar,
pues, me quedo sin comer
como mi pobre mamá,
y como me encuentro hoy,
que estoy sin desayunar.

ARMANDO.

Cállate, hijo, ¡por Dios!
¡haz el favor de callar!
no me hables de esas cosas;
¡no me martirices más!

FÉLIX.

¿De qué quieres que te hable,
si tengo hambre, papá?
Los soldados también comen
un rancho que á ellos los dan;
¡mira si yo lo pescara!
¡y poco bueno que está!

ARMANDO.

Pues cállate, y ten paciencia,
que ahora mismo comerás.

ESCENA VII

DICHOS y MARIA

MARÍA.

¡Qué va á comer! ¡Desgraciado
¡Qué es lo que le vas á dar!

FÉLIX.

Lo has dicho de una manera,
que me he asustado, mamá.

MARÍA.

No te asustes, hijo mío;
es decir, llora, que es más,
por tu madre que se muere,
(María se sienta llorando.)

FÉLIX.

por no poderte dar pan..
No te aflijas, madre mía. *(Con cariño.)*
¿Te desengañas, papá,
de que mamá sufre mucho
y no hace más que llorar?
No llores, mamá, no llores.
Mira. *(Con mucho cariño.)*

MARÍA.

No puedo más. *(Con desesperación.)*
Sí, hijo mío, yo me muero
de angustia y necesidad.

y déjame al fin marchar.

BALTASAR. Pues cuéntame...

ARMANDO. Será en vano.

BALTASAR. Pues dímelo tú, rapaz. (*A Félix.*)

FÉLIX. ¿Se-lo digo? (*A Armando.*)

ARMANDO. No, señor.

FÉLIX. Pues yo sí quiero, papá.

BALTASAR. Dí que sí, tú no hagas caso.

¿Por qué llora tu mamá?

FÉLIX. Pues... por...

ARMANDO. No se lo digas,

me oyes, pues: á callar.

FÉLIX. Y si hoy no hemos comido,

¿por qué se lo has de ocultar?

MARÍA. Tiene razón; eso es todo.

BALTASAR. Armando, me haces dudar

de la amistad que nos une

y de tu genio habitual.

¿Por qué ocultar una cosa

de tanta necesidad

á un amigo como yo

que te puede remediar?

¿No hay franqueza entre los dos

para eso y mucho más?

ARMANDO. Sí...

BALTASAR. Pues ¿por qué dudas?

¿Por qué esa tenacidad?

¿Me negarías tu apoyo

al estar yo en caso igual?

ARMANDO. Claro que no.

BALTASAR. Pues entonces

¿qué es lo que esperabas ya?

ARMANDO. No sé qué pueda decirte,

no te puedo contestar.

Pero acabemos, amigo,

ya que tú enterado estás

de todo lo que nos pasa

á todos en general.

Haz el favor de prestarme

cinco pesetas no más,

y dentro de pocos días

yo te las volveré á dar.

- BALTASAR. Cinco pesetas, es poco;
haz el favor de tomar
veinticinco por lo menos.
- ARMANDO. ¿Y no poderte pagar
tan pronto como deseo?
¡Eso nunca, Baltasar!
- BALTASAR. Me ofendes, mas no hago caso.
Haga el favor de tomar, *(A María.)*
señora, estos cinco duros,
y márchese usted á comprar
todo lo que le haga falta. *(Lo toma.)*
Por lo demás, de pagar
ne te ocupes ahora. Pide
si es que te hace falta más.
- MARÍA. Muchas gracias, caballero.
- ARMANDO. Igual digo, Baltasar.
Y en el alma te agradezco...
- BALTASAR. Hemos terminado ya.
Váyase usted cuanto antes
con el pequeño á comprar,
y déjenos un momento,
porque tenemos que hablar
Armando y yo de un asunto,
para mí, particular.
- ARMANDO. Pues marcharos en seguida
y volver pronto.
- FÉLIX. Papá,
¿y mi traje, lo compramos?
- MARÍA. ¿Qué traje dice? *(A Armando.)*
- ARMANDO. A callar, *(A Félix.)*
y ya estáis aquí de vuelta.
- MARÍA. Procuraré no tardar. *(Vase María y Félix.)*

ESCENA IX

ARMANDO y BALTASAR

- BALTASAR. Pues, señor, nos sentaremos.
Eres, Armando, un chiquillo.
(Después de sentarse.)
Écharemos un pitillo

y ahora, después, hablaremos.

(Le da un cigarro, y después cerilla para encenderlo.

Pausa.)

Empezaremos por tí...
cosa es que decirte siento
lo que yo en este momento
acabo de ver aquí.

Y me extraña, la verdad,
porque te conozco bien,
el que sufras un vaivén
de tanta temeridad.

¿Y qué quieres?

ARMANDO.
BALTASAR.

Ya lo sé

lo que me quieres decir,
y si quieres discutir
también te complaceré.

ARMANDO.
BALTASAR.

Perdí todo mi dinero.
Y eso qué tiene que ver;
en la cuestión de perder,
no habrás sido tú el primero.
Y sin embargo, querido,
sus hijos y su mujer...

ARMANDO.
BALTASAR.

¿Qué quieres que haga?

Volver

á recobrar lo perdido.

ARMANDO.
BALTASAR.

¡Yo volver!

¿Y por qué no?

Empeña...

ARMANDO.

No me vengas...

¿Y qué empeño?

BALTASAR.

Lo que tengas,
que también lo haría yo.

ARMANDO.

No es un proceder muy bueno.

BALTASAR.

Pero lo es decidido.

ARMANDO.

Baltasar, si ya he perdido
todo lo mío y lo ajeno.

BALTASAR.

Pues se roba.

ARMANDO.

¡Yo robar!

BALTASAR.

¡El bendito!

ARMANDO.

Mal me quieres.

BALTASAR.

¡Si yo sabré lo que eres
y lo que harías por jugar!

- ARMANDO. Pues me conoces muy poco
y me ofendes si eso piensas.
- BALTASAR. Es claro, tales ofensas
á tí... Sin duda estoy loco.
Como que tú eres un santo.
- ARMANDO. Ya no tanto, Baltasar;
pero tampoco robar.
- BALTASAR. Eres, Armando, un encanto.
- ARMANDO. Y tanto que lo he de ser,
y te podría afirmar
que ni aun tampoco á jugar
me pienso que he de volver.
- BALTASAR. Así me gustas, así;
hombre serio y formalito;
pero vamos, Armandito,
ya jugaremos; que sí.
Ya iremos hoy otra vez
á decir: ¡diez duros tallo!
¡tres, al dos! ¡siete, al caballo!
¡A primeras, otros diez!
Y en combinaciones varias,
porque hoy tendremos la buena,
nos ganaremos la ajena
pacotilla á las *contrarias*.
- ARMANDO. He jurado no volver
más en la vida á jugar
y no se debe jurar
engañando á su mujer.
- BALTASAR. Jurar á secas, es poco;
¿quién hace hoy juramentos?
¿haces caso de lamentos?
¡pues te diré que estás loco!
- ARMANDO. Lo estaré, mas por quien soy,
que ya no vuelvo á jugar.
- BALTASAR. ¡Vamos, hombre!
- ARMANDO. Baltasar,
que te digo que no voy.
- BALTASAR. No lo creo.
- ARMANDO. *(Pausa.)* Pese á mí,
si me gustan los extremos:
mas casos hay en la vida
que necesario es hacerlos.

Yo así pienso, Baltasar,
 y aunque de todo dudemos,
 la virtud es lazo fuerte
 que á todos tiene sujetos.
 Los unos, porque así nacen,
 los otros, por el respeto
 á la honradez que observaron
 sus padres y sus abuelos;
 y aquel que ha nacido malo,
 aunque de padres muy buenos,
 y no respetó virtudes
 ni hizo caso de consejos,
 ¿qué tiene que ver el crimen
 que obcecados cometieron
 para que alguna virtud
 luzca á veces para ellos?
 Yo esto digo, amigo mío;
 yo así pienso y eso creo;
 la virtud es el ejemplo
 santo y bendito del cielo.

BALTASAR.

¿Y qué tenemos que ver
 los que vivimos así,
 con esa virtud que á mí
 no me hizo falta aprender?
 Al negocio, y acabemos
 de discutir y de hablar.

ARMANDO.

¿Y qué quieres, Baltasar?

BALTASAR.

Cálmate, y ahora hablaremos.

ARMANDO.

Puedes hablar lo que quieras.

BALTASAR.

Pues si así es, adelante.

Tengo un negocio importante
 para tí... ¡si tú quisieras!

¿De resultados?...

ARMANDO.

BALTASAR.

Seguros;

puedes estar descuidado
 y te daré adelantado,
 si quieres, cincuenta duros.

ARMANDO.

¿No te burlas?

BALTASAR.

Como hay Dios

que me vas á hacer reír.

ARMANDO.

¿Y condición?

BALTASAR.

A partir

- el negocio entre los dos.
- ARMANDO. ¿Y compromiso, hay alguno?
- BALTASAR. Ninguno, por lo que infiero;
y si dudas por dinero,
ahí están, uno por uno,
en billetes, los cincuenta
del ala que te ofrecí.
*(Baltasar saca los billetes de la cartera y Armando los
toma sin guardárselos.)*
- ARMANDO. ¿Y estos ya son?
- BALTASAR. Para tí,
adelantados á cuenta.
- ARMANDO. Yo sueño.
- BALTASAR. Despertarás
cuando juntes en montones
á esos los varios millones
que conmigo partirás.
- ARMANDO. ¿Qué negocio me propones?
- BALTASAR. Acaba, por Dios, de hablar.
La pretensión es robar
al Marqués de los Terrones.
El escalo ya está hecho;
el golpe muy bien pensado;
puedes estar descuidado;
yo, entanto, quedo en acecho.
Y en menos de un dos por tres,
esto quiero, esto no quiero,
quedá por nuestro el dinero
mientras que duerme el Marqués.
- ARMANDO. ¡Al Marqués! ¡A don León
robarlo yo? Eso, jamás;
no sigas, no me hables más,
que yo no soy un ladrón.
(Pausa.)
Yo no seré nada bueno,
porque soy un desgraciado,
pero jamás he manchado
mis manos en nada ajeno.
(Devolviéndole el dinero.)
Toma, toma ese dinero
que me ofreciste sin precio;
guárdatelo, lo desprecio,

me hace falta y no lo quiero.
Y ahora sal pronto de aquí,
pues de tu amistad maldigo:
ni digas que eres mi amigo
ni te acuerdes más de mí.

BALTASAR. Te estoy oyendo (y lo cierto)
no comprendo en realidad.

Si lo que oigo es verdad,
prepárate, te lo advierto.

ARMANDO. Jamás en vano yo hablé
y en la presente ocasión
con todo mi corazón
te desprecio. márchate.

BALTASAR. Armando... *(Con amenaza.)*

ARMANDO. Lo que has oído,
pronto, de aquí pronto sal.

BALTASAR. Y me arroja. ¡Voto á tal!
Y cuánta calma he tenido
para escucharte.

ARMANDO. Lo mismo
que para escucharte yo.

BALTASAR. No importa, riñamos. ¡Oh!
He de romperte el bautismo.

*(Baltasar saca una pistola. Armando se arroja sobre él
para quitársela, sosteniendo lucha entre los dos.)*

Como pueda, vive Dios.

ARMANDO.

BALTASAR.

ARMANDO.

BALTASAR.

ARMANDO.

Pobre de tí.

¡Cobarde!

¡Suelta!

La muerte está aquí.

¡Vencerá uno de los dos!

*Baltasar se desprende de los brazos de Armando, que-
dando la pistola en manos de este último. En este mo-
mento entrará María y Félix, y al disparar Armando
la pistola, sin fijarse, hiere á María.)*

ESCENA X

ARMANDO, BALTASAR, MARIA y FELIX, foro.

MARÍA. Ese ruido... ¡Jesús!

ARMANDO. ¡Ah!

ARMANDO. ¡Compasión, Dios de Israel!

GUARDIA 2.º ¿Y la herida? *(Al Delegado.)*

DELEGADO. Al hospital.

JOSÉ. Y éste queda á mi cuidado.

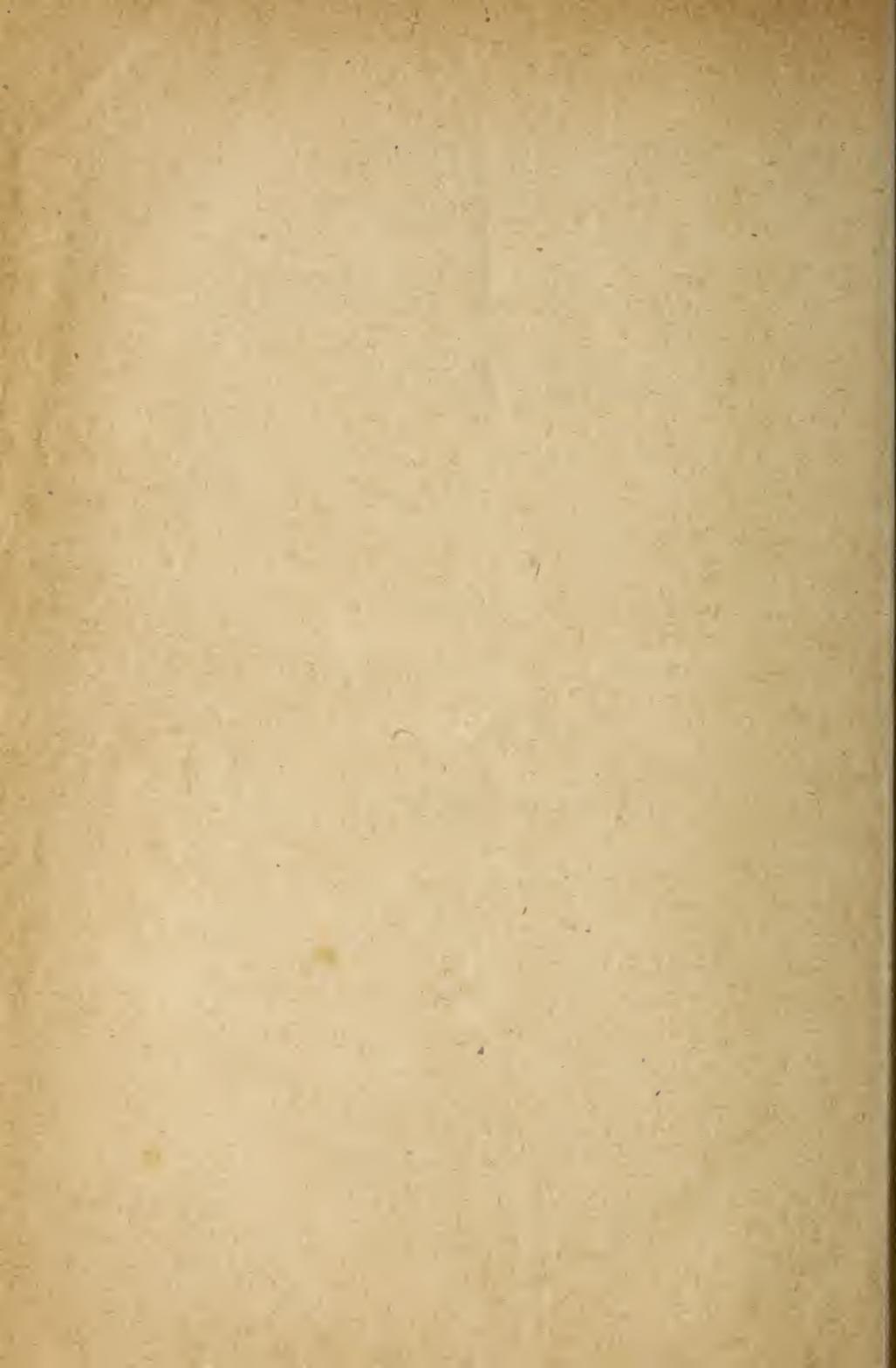
FÉLIX. ¡Padre mío!

ARMANDO. ¡Un beso exijo! *(Al delegado.)*

(Los guardias, á una señal del delegado, desatan á Armando.)

Júntate con buenos, hijo,
y no serás desgraciado.

FIN DE LA OBRA



PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.